



PRÓLOGO – DONDE NACE LA CENIZA

"Cuando arde la verdad, la ceniza tarda más en enfriarse."

— Dicho de Luna Libre

La luna todavía colgaba sobre Myrendel cuando Aydan abrió los ojos.

Un hilo pálido se filtraba por el postigo, dibujando una línea de luz sobre el suelo de madera. Fuera, la ciudad despertaba despacio: un martilleo lejano, el murmullo de voces en la calle, el crujido de una carreta en la cuesta que subía hacia la plaza alta.

Aydan se incorporó, notando el cuerpo pesado por las cicatrices de viejas campañas. Durante un latido, el día le pareció como cualquier otro. Luego recordó.

Hoy Lysandra hablaba ante el Consejo.

Hoy mostraría al mundo el Doble Lumen.

Se levantó sin hacer ruido, para no despertarla. Pero cuando se volvió, la encontró ya despierta, apoyada en un codo, mirándolo con esos ojos claros que parecían guardar siempre una pregunta.

—Te quedas mirando como si fueras tú el que va a hablar —dijo ella, con una sonrisa suave.

Aydan resopló, fingiendo seguridad.

—Yo solo sé blandir hierro. Las palabras son cosa tuya.

Ella estiró la mano, lo atrajo hacia la cama y apoyó la frente en su pecho. Durante unos latidos, el mundo se redujo a eso: su respiración, el leve roce del cabello de Lysandra en su piel, el olor a jabón y tinta que siempre la acompañaba.

—¿Estás nerviosa? —preguntó él al fin, en voz baja.

Ella tardó un poco en responder.

—Estoy... despierta —dijo, buscando una palabra que no fuera miedo—. Es un día importante.

No había sombra en su tono. Era la voz de una mujer que iba a hacer lo que creía correcto. Aydan se aferró a eso.

Se separó a regañadientes y empezó a vestirse. Capa oscura bordada con hilos de plata en el borde, la misma que había llevado en las fronteras del norte. La ajustó sobre los hombros, alisó la tela una vez, como si pudiera quitarle las arrugas a la vida entera.

Una risita aguda cortó el silencio.

—¡Papá!

Mira irrumpió en la estancia como una flecha de risa y pies descalzos. Tenía el cabello oscuro de su madre y los ojos grises de Aydan, todavía grandes para un rostro tan pequeño. Se lanzó contra su pierna y él la alzó sin esfuerzo, girándola en el aire. La niña chilló de alegría y extendió los brazos como si quisiera atrapar la luna que se apagaba sobre los tejados.

—Hoy mamá va a hablar con los hombres serios, ¿eh? —le dijo él, haciéndola cosquillas en el costado.

—Mamá siempre habla con hombres serios —replicó Mira, con absoluta seriedad—. Tú haces ruido con la espada.

Lysandra rio desde el rincón, donde se estaba ajustando una túnica azul oscuro. Se la ceñía con un cinturón blanco y se recogía el cabello en un moño trenzado, sencillo, sin joyas. Solo llevaba colgando del cuello un disco de madera, pequeño, con una luna tallada.

—Ven aquí, pequeña luna —la llamó.

Aydan llevó a Mira hasta ella. La niña se dejó caer en el regazo de su madre, curiosa, mientras Lysandra rebuscaba en un pequeño cofre sobre la mesa.

—Te iba a dar esto cuando fueras mayor, pero... —dijo— creo que hoy es un buen día.

Sacó un brazalete plateado, fino, trabajado con minúsculas lunas grabadas a lo largo. En la luz tenue, el metal parecía contener un brillo propio.

Los ojos de Mira se redondearon.

—Es muy bonito... —susurró, casi sin aire.

—Lo sé —respondió Lysandra, sonriendo—. Y te queda mejor a ti que a mí.

Le tomó la muñeca y le ajustó el brazalete con cuidado. El metal tintineó apenas al cerrarse.

—Cuando lo mires —añadió—, recuerda que no importa qué diga nadie. Tu luz es tuya. De nadie más.

Aydan sintió un nudo extraño en el pecho. Algo en la frase le rozó por dentro, pero lo apartó.

—Si sigues regalándole cosas —bromeó—, tendrás a toda Myrendel pidiéndote brazaletes.

Lysandra le sostuvo la mirada un instante más de lo normal, como si quisiera decir algo que se quedaba detrás de los dientes. Al final, solo suspiró.

—Aydan —dijo entonces, más seria—. ¿Entregaste los manuscritos a Eldric o a Kylvar, tal como te pedí?

Él asintió.

—A Eldric. Menos mal que el hombre sabe leer incluso en marcha. Casi se los metí en la túnica mientras montaba el caballo.

—¿Se los diste en mano? —insistió ella.

—En mano. Me dijo que los estudiaría en la Isla del Eco y que no los movería sin avisarte.

Lysandra cerró los ojos un latido. Sus hombros parecieron aflojarse.

—Bien —murmuró—. Eso ya está hecho.

Aydan se aferró a esa normalidad como a una cuerda.

—Vamos —dijo él, levantándose con Mira en brazos—. Si llegamos tarde, los hombres serios se pondrán más serios todavía.

La ciudad despertaba del todo cuando salieron a la calle. El aire y el calor de la Sequía eran secos, pero sobre Myrendel flotaba algo distinto al polvo habitual: una vibración contenida, un murmullo de expectación.

Las colinas que rodeaban la ciudad devolvían ecos suaves de voces. Desde los balcones colgaban telas azules y plateadas, con lunas bordadas. Aydan notó cómo algunas manos se alzaban en saludo cuando reconocían a Lysandra. Ella respondía con una inclinación de cabeza, humilde, como si no tuviera nada especial que hacer ese día.

Mira se agarraba a su cuello con un brazo y jugueteaba con el brazalete con la otra mano, fascinada por el brillo del metal.

—¿Crees que vendrán Custodios? —preguntó Aydan, en voz baja, mientras subían la cuesta hacia la plaza alta.

—Ya hay Custodios en Myrendel —respondió ella—. Observan. Es lo que hacen.

—No hablo de esos aprendices con tinta en las uñas —bufó él—. Hablo del Gran Custodio. De Noone.

Lysandra no respondió de inmediato. Sus ojos recorrieron la calle, las ventanas entreabiertas, los símbolos lunares esculpidos en puertas y dinteles.

—Si viene —dijo al fin—, será porque le interesa escuchar. Eso no es malo, Aydan.

Él apretó los labios. No terminaba de creer que un hombre que controlaba la moneda, el calendario y las crónicas viniera solo a escuchar. Pero no era su terreno. Él sabía leer el gesto de un enemigo, no el peso de una palabra.

La plaza alta se abrió ante ellos como un cuenco de piedra al aire libre. Un graderío semicircular escalonaba hacia abajo hasta una tarima central. A un lado, el estrado del Consejo Lunar, con sus mantos azules y blancos. Al otro, un grupo de figuras de túnica blanca y gris, sobrias, sin insignias extravagantes: los Custodios.

En el centro de ese grupo, Aydan lo vio.

El Gran Custodio Noone no llevaba corona ni armadura. Su poder estaba en la quietud. Alto, rostro afilado, cabello recogido hacia atrás, las manos cruzadas sobre el bastón de madera clara que apoyaba en el suelo. Sus ojos parecían no parpadear nunca.

A su derecha se erguía otra figura: la Lengua de Cristal. Era más delgada, envuelta en una túnica casi translúcida que dejaba entrever placas pálidas bajo la tela. El rostro oculto tras una máscara lisa, apenas surcada por un corte estrecho a la altura de la boca. Cuando giraba la cabeza, el sol arrancaba destellos fríos del borde de la máscara.

Detrás de ellos, inmóviles como estatuas, estaban los Manus Ferrae.

Aydan los conocía de oídas: ejecutores de la voluntad custodia. Llevaban armadura de hierro oscuro, sin adornos, con hombreras anchas y cascos cerrados que solo dejaban ver una rendija horizontal para los ojos. Cada uno sostenía un arma distinta: hachas cortas, espadas de hoja ancha, una especie de martillo de mango largo. No hablaban entre ellos. No se movían sin señal.

—No tengáis miedo —susurró Lysandra, sin mirarlos—. Hoy escuchan. No juzgan.

Él no estaba tan seguro, pero se tragó la respuesta. Mira, ajena a la tensión, señalaba las banderas.

—Mira cuánta luna, mamá.

—Es tu casa —dijo Lysandra—. Siempre habrá luna donde tú estés.

Un familiar de Lysandra se acercó para llevarse a Mira hacia una zona algo apartada, pero con buena vista. La niña se resistió un poco, hasta que Aydan le prometió que luego la subiría a sus hombros.

Lysandra ascendió los escalones hasta la tarima central. El murmullo de la plaza fue bajando como una marea que se retira. Aydan se mantuvo al pie del graderío, lo bastante cerca para verla bien, lo bastante lejos como para no interrumpir.

El Consejo Lunar tomó la palabra en primer lugar, presentando el motivo de la reunión: un tratado, una propuesta, un puente entre tiempos. Palabras grandes, vagamente solemnes. Aydan las escuchaba

como quien escucha el rumor de un río del que solo le importa saber si trae agua o no.

Luego le cedieron el centro de la tarima a Lysandra.

Ella no levantó los brazos ni alzó demasiado la voz. Habló como había hablado siempre: clara, precisa, sin adornos innecesarios.

Aydan no entendía todos los detalles. Oía fragmentos: “luminosidad medible”, “ciclos”, “patrones antiguos bajo las ruinas”, “la luz no juzga, solo muestra”. Ella hablaba de unir la fe lunar con la observación, de dejar de temer al Lumen como si fuera un dios caprichoso y de empezar a comprenderlo.

—El Doble Lumen —dijo en un momento— no pretende destruir lo que somos. Pretende que veamos con los dos ojos, no solo con uno.

Algunas cabezas asintieron en las gradas. Otras permanecieron rígidas. La luz de la Sequía caía recta, sin nubes, iluminando el relieve de las piedras. El brazalete de Mira destellaba de vez en cuando entre la multitud.

Aydan sintió orgullo. No de Myrendel ni de la Luna, sino de ella. De la forma en que hablaba sin temblar ante el Consejo, ante el Gran Custodio, ante todo el Yermo si hubiera hecho falta.

Fue entonces cuando la Lengua de Cristal dio un paso al frente.

El sonido de su bastón metálico golpeando la tarima fue seco como un latigazo. La plaza entera enmudeció.

—Gran Custodio Noone —dijo la Lengua, y su voz, amplificadas por algún truco de la máscara, sonó clara hasta el último escalón—, traigo ante ti la lectura de una acusación.

Aydan sintió cómo se le encogía el estómago. Miró a Lysandra. Ella no se movió. Solo sus dedos se crisparon un instante en el borde de la mesa donde descansaban los pergaminos.

La Lengua de Cristal desplegó un documento sellado con cera azul.

—Lysandra de Myrendel —comenzó—, se te acusa de sacrilegio contra la Luna Encadenada y de contaminación doctrinal al introducir elementos solares y matemáticos en la interpretación del Lumen.

Un murmullo helado recorrió la plaza.

—Se te acusa también —continuó, sin variar el tono— de poner en riesgo el equilibrio del Pacto al sembrar dudas sobre crónicas sancionadas por los Custodios y de alentar herejía al proponer un Doble Lumen que equipara la fe lunar con una ciencia sin espíritu.

Cada frase caía como piedra en pozo.

Aydan dio un paso adelante sin darse cuenta. Noone seguía inmóvil, los ojos clavados en Lysandra, como si la estudiara.

—¿Reconocéis estas acusaciones? —preguntó la Lengua al Consejo Lunar.

Los ancianos se miraron entre sí. Algunos bajaron la cabeza. Otros entrelazaron las manos con fuerza. Al final, el que ocupaba el asiento central se levantó, con la voz temblorosa.

—El Consejo... reconoce la gravedad de lo expuesto —dijo—. Y, por el bien del equilibrio, acepta la autoridad del Gran Custodio en la materia.

Noone alzó por fin la mano.

—La verdad es propiedad de todos —dijo, con voz calmada—. Pero el uso de la verdad puede destruir el mundo si se da al pueblo equivocado. Myrendel, en su celo por comprender, ha olvidado temer. Eso es peligroso.

Clavó los ojos en Lysandra.

—Tu intención puede haber sido noble, pero has cruzado límites que no te correspondían.

Aydan sintió que algo se rompía dentro. Dio otro paso, ahora más brusco.

—¡Noone! —rugió—. ¡Ella solo habla! ¡No ha derramado sangre, no ha traicionado a nadie!

Dos Manus Ferrae giraron la cabeza a la vez hacia él. El gesto sincronizado lo hizo dudar un instante.

La Lengua de Cristal se inclinó apenas hacia el Gran Custodio, como susurrándole algo que Aydan no alcanzó a oír. Noone asintió una vez.

—El Consejo Lunar —proclamó la Lengua, volviéndose de nuevo a la plaza— reconoce que Lysandra ha traicionado la custodia de la fe al poner en duda los fundamentos que sostienen el Pacto del Yermo.

Se volvió hacia el estrado de los ancianos.

—¿La declararéis traidora?

Hubo un silencio mortal. Luego, uno a uno, los ancianos asintieron. No miraban a Lysandra. Miraban al suelo, o a sus propias manos.

Aydan dejó de sentir las piernas.

La Lengua levantó el documento.

—Por mandato del Gran Custodio Noone y con la aquiescencia del Consejo Lunar... se dicta sentencia.

—No —susurró Aydan, más para sí mismo que para nadie.

Quiso moverse, pero algo lo clavaba en el sitio.

Lysandra lo miró.

Por un instante, toda la plaza desapareció. Solo estaban sus ojos y los de ella, una línea de luz entre ambos.

No había miedo en su rostro. Solo una tristeza limpia y una decisión ya tomada mucho antes de ese día.

Enderezó la espalda, se apartó un mechón de cabello de la frente y, antes de que nadie pudiera impedirselo, habló.

—De la Luna encadenada —dijo, y su voz se alzó clara sobre la plaza— brotará el hijo de nadie y de todos. Portador de todas las marcas, caminará sobre el Lumen y libertará el Yermo. El Único.

La palabra final quedó suspendida en el aire como una campana rota.

Aydan sintió el mundo tambalearse. Los Custodios se tensaron. La Lengua de Cristal hizo un gesto breve con la mano.

Los Manus Ferrae se movieron.

Dos de ellos subieron a la tarima con una rapidez imposible para ese peso de hierro. Uno agarró a Lysandra por los brazos, torciéndoselos hacia atrás. El otro bajó por los escalones laterales y se lanzó hacia Aydan.

Él reaccionó instintivamente. Dio un paso adelante, mano a la empuñadura de la espada, pero no llegó a desenvainarla. El Manus Ferrae cruzó la distancia en dos zancadas y su guantelete, rematado en un saliente afilado, describió un arco.

El impacto en el pómulo izquierdo fue un relámpago de fuego. Aydan sintió el calor primero, luego el frío del aire entrando en la carne abierta. Cayó de rodillas, con la visión teñida de rojo. El sabor a hierro le llenó la boca.

Escuchó el silbido de una hoja.

Levantó la cabeza justo a tiempo para ver cómo el tercer Manus Ferrae, situado detrás de Lysandra, le pasaba una cuchilla curva por la garganta con un gesto preciso, sin teatralidad.

La sangre brotó en un chorro rojo contra los escalones de piedra. Lysandra ni siquiera tuvo tiempo de llevarse la mano al cuello. Sus ojos buscaron a Aydan una última vez, y luego se apagaron mientras su cuerpo se desplomaba.

La plaza explotó.

Alguien gritó. Varios, muchos. El sonido se convirtió en un rugido indistinto. Algunos se abalanzaron hacia la tarima; otros huyeron. Se oyeron golpes, crujidos, el ruido de bancadas volcándose.

—¡Mamá! —una voz aguda, un chillido que atravesó todo el caos.

Mira.

Aydan se puso en pie a trompicones, con la cara ardiendo y la sangre goteándole por la barbilla. Un Manus Ferrae se giró hacia él, pero en ese momento una lluvia de piedras cayó sobre los Custodios desde las gradas superiores. El ejecutor alzó el brazo para protegerse; Aydan aprovechó para escabullirse entre piernas y túnicas.

Vio a Mira llorando, estirando las manos hacia la tarima, sostenida a duras penas por el familiar que ahora intentaba sujetarla.

—¡Mira! —rugió.

La mujer se la tendió casi por reflejo, y Aydan la arrancó de sus brazos. El brazalete chocó contra su armadura, frío y firme.

—No mires —susurró, llevándose una mano ensangrentada a la nuca de la niña, y apretándola contra su pecho para cubrirle el rostro.

El olor a humo llegó de golpe. Noone no se había movido de su posición, pero alrededor de la tarima los Manus Ferrae formaban ya un círculo, conteniendo la multitud con golpes secos. Algunos lunares habían desenfundado cuchillos, otros levantaban manos desnudas.

El primer templo en arder fue el más cercano a la plaza: las lenguas de fuego asomaron por las ventanas como bocas rabiosas.

La Lengua de Cristal levantó la voz por encima de todo.

—¡Escuchad al Gran Custodio! —tronó.

Noone alzó el bastón. El sonido que produjo al golpear la piedra retumbó en el pecho de Aydan.

Los Manus Ferrae cerraron filas en silencio.

—El culto lunar —dijo Noone, sin elevar apenas el tono, pero haciendo que cada sílaba pesara— queda prohibido por herejía. Sus templos serán purgados. Sus textos, recogidos. Su nombre, borrado de los registros.

Hizo una pausa.

—Así lo dicta la Orden Custodia del Lumen.

Aydan sintió la frase como una sentencia no solo contra Lysandra, sino contra todo lo que ella había amado.

Se dio la vuelta y corrió.

Corrió por las calles empinadas, esquivando gente que huía, empujando puertas que se cerraban a su paso. El humo empezaba a cubrir el cielo, mezclándose con el polvo de la Sequía. Mira sollozaba contra su cuello, aferrada a su capa, el brazalete clavándole el hueso de la clavícula.

—Papá... —balbuceó—. Mamá...

—No mires atrás —dijo él, sin aire.

No lo dijo solo por ella.

Salieron de la ciudad por un sendero de servicio entre huertos, ocultos tras muros de piedra. A sus espaldas, Myrendel ardía. El

resplandor anaranjado se reflejaba en las colinas, como si una segunda luna de fuego hubiera nacido en el horizonte.

En un alto del camino, Aydan se detuvo. Las piernas le temblaban. El corte en el pómulo le latía al ritmo del corazón. Se volvió un momento, sosteniendo a Mira con ambos brazos.

Desde allí, Myrendel parecía un cuenco de brasas. Los templos lunares se perfilaban como esqueletos negros contra el rojo del incendio. Se escuchaban aún gritos lejanos, el tañido desafinado de una campana que no sabía si avisaba o moría.

Mira alzó la cabeza, siguiendo su mirada. Sus ojos estaban hinchados por el llanto. El brazaete brilló en su muñeca, manchado ya de unas gotas mínimas de sangre.

—¿Se va a apagar la luna? —preguntó, con voz rota.

Aydan tragó saliva. Notó el sabor metálico en la garganta. Apretó más fuerte a su hija, como si quisiera fundirla consigo.

—No —dijo, y se obligó a que no le temblara la voz—. No podrán. Miró la ciudad que se deshacía en fuego.

—No les dejaré apagar tu luz —añadió, casi en un susurro—. Ni la suya.

El viento llevó hasta ellos un último chasquido de madera quebrándose.

Aydan se volvió, ajustó mejor a Mira contra su pecho y echó a andar colina abajo, hacia la oscuridad entre los árboles.

Aquella noche, mientras Myrendel ardía, nació la primera semilla de Luna Libre.

PARTE I

JUICIO DEL YERMO





CAPÍTULO 1 – LAGO DEL ADIÓS

"Cuando el hielo entierra, también juzga."

— Dicho del Norte

Kael no despertó pensando en su muerte, sino en su inocencia, sin saber que eran lo mismo.

Caminó con las manos desnudas, los dedos quietos, como si el cuerpo no supiera qué hacer con su propia sangre. La nieve le cubría las suelas, la capa se le pegaba al costado, y aun así no sentía el frío. No el que quebraba a los demás.

El hielo, sin embargo, le pesaba igual.

Le pesaba dentro.

A su espalda, el Bastión era una mandíbula de piedra clavada en la ribera. Antorchas bajas marcaban el camino hacia el centro del lago: un círculo de fuego pequeño, ofensivo, ardiendo en un mundo que se negaba a arder. El humo subía recto —sin viento— y luego se enroscaba contra el cielo de plomo, incapaz de escapar.

Los Hijos del Hielo avanzaban en silencio. Piel de oso sobre hombros anchos. Cueros endurecidos. Barbas cubiertas de escarcha. Ojos claros, firmes, educados para no temblar. El honor aquí no era un grito. Era aguante.

Ninguno lo miraba.

O eso querían hacerle creer.

Kael notaba las miradas igual: puntas invisibles clavándose en su nuca, en su espalda, en el hueco entre las costillas. No había necesidad de insultos. Bastaba su presencia. Bastaba su nombre sin sangre.

Forjado, sí. Forastero siempre.

Y hoy... presunto asesino.

Tragó saliva. El aire le raspó la garganta. Era el cuerpo recordándole que aún respiraba cuando no quería hacerlo.

Llegó al borde del círculo de antorchas y se detuvo.

No dio un paso más.

Por instinto y supervivencia. Estar demasiado cerca era provocar. Y hoy no tenía fuerzas para irritar a nadie.

En el centro, sobre la superficie del lago, reposaba un bloque de hielo tallado, liso, sin adornos. Encima, un cuerpo envuelto en pieles blancas y lino gris.

Kael sintió que el mundo se le estrechaba.

Era un golpe físico. Como si le hubieran cerrado el pecho con una garra. Le habían trenzado el cabello en dos cuerdas y en cada trenza habían colocado pequeñas cuentas de plata, estrellas atrapadas. La piel del rostro tenía el tono pálido que la muerte regala a los que pertenecen al norte. La boca estaba cerrada con firmeza, como si aún se negara a ceder.

Kael no dijo su nombre en voz alta.

Lo sostuvo dentro, donde dolía más.

Astrid.

El veneno la había tomado rápido. Sin despedidas. Sin explicaciones. Sin el derecho a una última palabra. Y a él lo había dejado con todo lo demás: con la culpa puesta en su nombre, con el rumor empujándole la nuca, con la certeza de que lo miraban como se mira a una grieta nueva en el hielo: con miedo y con rabia.

Hrothgar Cold estaba junto al bloque.

El Arconte del Hielo no llevaba corona ni símbolo. Solo una piel de oso blanco sobre los hombros, demasiado grande, demasiado pesada. Tenía la barba moteada de escarcha y los ojos hundidos en una sombra que no era solo cansancio.

Kael lo había visto furioso. Implacable. Dictando destinos con una frase.

Nunca lo había visto así.

Hrothgar miraba a su hija como si la mirada fuese una cuerda. Como si, si apartaba los ojos, el cuerpo se le hundiera para siempre.

Kael sintió un pinchazo sucio en el estómago.

Porque en algún rincón de su mente había un pensamiento que no quería reconocer: que el Arconte lo había dejado venir.

Que en un Bastión donde cualquier puerta se cerraba con una orden, él estaba allí. No en una celda. No bajo cadenas. En el lago.

A distancia. Vigilado, sí. Pero presente.

Y eso, en el Hielo, era una decisión.

Notó la presencia de guardias a ambos lados —escudos bajos, manos sobre las empuñaduras—. No lo escoltaban como a un invitado. Lo cercaban como a una amenaza controlada.

Ylva estaba unos pasos detrás de Hrothgar, con la espalda recta, los hombros duros. Sus manos estaban juntas, pero los dedos se le tensaban como si contuviera un temblor. Miraba el hielo, no el cuerpo, como si en esa superficie pudiera leer algo que los demás aún no querían ver.

Más allá, entre guerreros con pieles oscuras y placas de metal gastado, Kael distinguió a Björn. Cabeza baja. Puños cerrados. No lo miraba. No lo retaba. No lo acusaba.

Lo cual era peor.

Un sacerdote del Hielo —anciano, voz de piedra— dio un paso hacia el círculo. Llevaba una capa de piel gris y en el cuello colgaba una pieza de metal gastado con runas antiguas. Su boca abrió la ceremonia con un ritmo lento, inexorable.

Kael no entendía todas las palabras, pero reconocía el patrón: el Hielo no lloraba. El Hielo registraba. Decía nombres. Decía hechos. Convertía una vida en un juramento que se podía recordar sin temblar.

—Astrid Cold... —entonó el anciano—. Hija del Arconte. Guardiana del Bastión. Escudo del Norte. Sangre del Hielo.

El nombre completo resonó y se quedó flotando sobre el lago como una piedra sobre el agua.

Kael cerró los ojos un instante.

Astrid.

La recordó como la había conocido: mujer de mirada fría y sonrisa breve, apoyada en una columna del patio de entrenamiento mientras él sangraba y fingía que no le dolía. La recordó apretándole el antebrazo después de una victoria pequeña, como si le estuviera diciendo sin palabras que el Hielo también podía aceptar lo imposible.

Se preguntó —sin querer— cómo habría sido Astrid antes de él.

Y le atravesó la certeza de que nunca lo sabría.

El sacerdote enumeró hechos: caza, vigilia, combate, juramento. Cada palabra era una estaca.

Al final, calló.

El silencio pesó tanto que Kael sintió que, si respiraba demasiado fuerte, rompería algo.

Hrothgar dio un paso hacia el bloque.

La mano le tembló un instante al tocar el hielo junto a la cabeza de Astrid.

Kael vio ese temblor. Lo vio, y le dolió más que cualquier insulto.

—Mi hija —dijo Hrothgar.

Solo eso.

No un discurso. No un juramento. Una palabra arrancada como si el aire fuese cuchillas.

Luego, uno a uno, los guerreros del Hielo se acercaron.

Dejaban ofrendas: una hebilla, una daga, un amuleto de hueso, una moneda vieja, un fragmento de placa con el

símbolo del oso. Cada objeto caía sobre el hielo con un sonido seco.

No lloraban. Daban.

Kael se quedó fuera del círculo, sintiendo que no tenía nada que ofrecer que no sonara a insulto. Su condición de Forjado no era ofrenda.

Y aun así, Astrid lo habría querido cerca.

Esa idea le apretó la garganta como un lazo.

Ylva se adelantó.

Dejó sobre el hielo una cinta de cuero trenzado con hilo azul, rota por una punta, como si hubiera sido arrancada. Kael la reconoció de inmediato.

Astrid la había llevado en la muñeca. Un día, cuando le vendaban una herida y él apretaba los dientes para no quejarse, ella se la quitó y se la dejó en la mano.

Para que no olvides que el Hielo también arde.

Kael bajó la mirada, incapaz de sostener el golpe.

Los guerreros asignados al ritual tomaron el bloque por los bordes. Cuatro hombres y una mujer. El peso les tensó los brazos. El hielo raspó el hielo con un sonido húmedo y áspero.

La grieta abierta en la superficie era estrecha, negra.

Una herida en el lago.

Kael sintió que el corazón le golpeaba las costillas cuando el bloque se inclinó. La trenza de Astrid se movió apenas, un gesto mínimo, como una última rebeldía contra la gravedad.

No quería verla bajar.

No quería que desapareciera.

Pero el Hielo no preguntaba.

El bloque se deslizó y el cuerpo cayó al agua negra.

Un instante.

Una ondulación.

Y el lago se la tragó sin ruido.

Kael se quedó mirando el agujero, esperando algo que no existía. Un milagro. Una mano que saliera. Un error del mundo.

No pasó nada.

Los guerreros empujaron trozos de hielo para cerrar la grieta. El agujero se hizo pequeño. Luego liso. Luego... inexistente.

Astrid Cold ya no estaba en la superficie del mundo.

Hrothgar no se movió.

Kael lo observó de reojo y vio algo que lo inquietó más que la pena: el Arconte parpadeaba despacio, como si el gesto le costara trabajo. Como si el cuerpo estuviera perdiendo peso desde dentro. Como si la piel de oso lo sostuviera y sin ella, se desplomaría.

Y entonces lo vio.

A un paso del Arconte, casi pegado a su sombra, había un hombre que Kael no había tenido valor de buscar con la mirada hasta ahora.

Evion.

No llevaba ningún símbolo visible, pero su presencia era demasiado exacta, demasiado colocada. Su rostro estaba severo, cuidado en la neutralidad. Pero sus ojos... sus ojos no miraban a Astrid. Miraban el círculo. Miraban las reacciones. Medían.

Evion tenía la postura de quien acompaña al dolor... y, al mismo tiempo, le toma el pulso.

Kael sintió un filo frío en la nuca.

Evion inclinó la cabeza hacia Hrothgar, murmuró algo que Kael no pudo oír. El Arconte no respondió, pero su hombro se movió un milímetro, como si la voz de Evion le hubiera dado permiso para seguir respirando.

Y eso era peligroso.

Una presencia nueva se acercó desde la orilla.

Un mensajero del Bastión caminaba rápido, casi resbalando sobre el hielo. Llevaba una capa ligera, las mejillas rojas, el aliento en nubes cortas. En el brazo, protegido bajo cuero, traía un cilindro de metal sellado. Y colgando del sello... una pluma plateada.

Aladas de Plata.

Kael apretó los dientes.

No era un simple mensaje. Era un símbolo: el tiempo, la orden, la red del Yermo. La mensajería que no fallaba. La que convertía un suceso local en un hecho registrado.

El mensajero se detuvo frente a Hrothgar, inclinó la cabeza con rigidez y ofreció el cilindro.

—Arconte... —dijo, tragando aire—. Llegan condolencias. Y confirmaciones.

Hrothgar alargó la mano, pero sus dedos no encontraron el cilindro a la primera. Una torpeza mínima, casi invisible.

Evion se adelantó, suave, como si hubiera estado esperando ese momento. Tomó el cilindro por él, lo

sostuvo un latido y lo colocó en la palma del Arconte con una delicadeza que parecía lealtad.

—Respira, Hrothgar —murmuró Evion, bajo, como un hermano.

Kael sintió un nudo en el estómago.

Hrothgar rompió el sello con una uña. El metal crujió. Sacó el pergamino interior y lo desenrolló con dedos torpes.

Kael no escuchó cada palabra, pero captó lo esencial: nombres, sellos, presencia.

El Sol enviará emisarios. El Pantano enviará emisarios. El Mar. La Sombra. El Volcán.

Condolencias... y asistencia.

Ya no era una ceremonia del Hielo. Era un suceso del Yermo.

Kael sintió que el mundo se le abría bajo los pies. Un juicio. No en un cuarto. No entre paredes. Un juicio ante ojos de todos.

Hrothgar levantó la vista del pergamino. Su mirada se perdió un latido, como si no supiera dónde estaba. Como si el lago, la muerte y la política se hubieran mezclado en una sola masa imposible de tragar.

Se llevó una mano al pecho.

Kael vio cómo su rodilla cedía.

No cayó al suelo. Fue peor: un colapso controlado, un cuerpo que intenta mantenerse en pie por orgullo y no puede.

Hrothgar inspiró... y no terminó la inhalación.

Evion lo agarró por el antebrazo con fuerza, disimulando el gesto como un apoyo respetuoso.

Ylva avanzó tarde, y sus ojos se clavaron en la mano de Evion. En la forma en que lo sostenía.

En la forma en que lo reclamaba.

Evion giró la cabeza hacia los guardias del Bastión. Dos de ellos dieron un paso adelante al instante.

—Acompañad al Arconte a sus aposentos —ordenó Evion, voz baja, firme—. Necesita descanso.

No preguntó.

No sugirió.

Ordenó.

Y los guardias obedecieron.

Kael observó cómo el mundo aceptaba esa orden sin ruido, como si la voz de Evion encajara demasiado bien en el lugar que acababa de quedar vacío.

Hrothgar se dejó llevar un paso, luego otro. La piel de oso blanco rozó el hielo. El Arconte no miró atrás. No miró el lago. No miró a su hija hundida bajo la superficie.

Solo caminó, sostenido.

Y en ese trayecto breve, Kael vio algo que le heló la sangre.

Evion, junto al hombro de Hrothgar, sonrió.

No fue una sonrisa abierta. Fue un gesto mínimo, oculto bajo la sombra del dolor ajeno.

Una sonrisa tímida.

Silenciosa.

Como si el hielo acabara de ceder justo donde él quería.

Kael se quedó fuera del círculo, con la cinta azul en la memoria y la palabra juicio pegada a la piel.

El lago había tragado a Astrid.

Pero el hielo, esa noche, estaba empezando a resquebrajarse por otro lado.

Y Kael entendió —con una claridad brutal— que la ceremonia no había sido un final.

Había sido la primera piedra del tribunal.

El Bastión no dormía.

Nunca lo hacía del todo, pero aquella noche la vigilia era distinta. Como un animal herido que, en lugar de huir, se quedara quieto esperando el golpe final.

Kael avanzó por los pasillos de piedra escoltado por dos guardias del Hielo. No iban con lanzas ceremoniales ni con espadas de desfile, solo con hachas cortas de filo usado. No lo tocaban, pero tampoco se separaban de él. Era una cortesía tensa, una concesión que podía retirarse en cualquier momento.

A su paso, las puertas permanecían cerradas. Nadie salía a mirar. Nadie hablaba. Pero Kael sentía la presencia al otro lado de la piedra: respiraciones contenidas, cuerpos quietos, pensamientos afilados.

No era un preso aún, no como lo había sido en el Pantano. No le encadenaban las muñecas. No le cubrían la cabeza. Pero el aire estaba lleno de una palabra que nadie quería pronunciar cerca de él.

Culpable.

Al llegar al vestíbulo del Consejo, el aire cambió.

Allí olía a hierro frío y a humo antiguo. Las antorchas estaban encendidas pese a que aún no había amanecido:

cuando el Consejo de Escudos se reunía fuera de su horario habitual, significaba que algo se había roto.

Kael fue detenido en el umbral.

—Espera —ordenó uno de los guardias.

Kael obedeció.

Desde donde estaba, vio la sala: la mesa de piedra en media luna, los asientos de los escudos mayores, y al fondo, elevado, el sitial del Arconte.

Hrothgar Cold ya estaba allí.

No llevaba la piel del funeral. Ahora vestía una capa sobria, de cuero blanco curtido. Pero su rostro parecía aún más agotado que sobre el hielo.

Estaba sentado, no de pie como solía. Antebrazos sobre las rodillas. Manos entrelazadas. Miraba la piedra como si la piedra pudiera devolverle lo que el lago se había tragado.

A la derecha del Arconte estaba Evion.

Quieto. Relajado. Correcto. Con una mano descansando cerca del respaldo del asiento de Hrothgar.

No tocándolo.

Pero cerca.

Demasiado cerca.

Kael recordó el gesto en el lago. El apoyo. La voz baja. La manera en que Evion había ocupado el espacio sin pedirlo.

Eso era lo peligroso.

La puerta del fondo se abrió, y Ylva entró sin anunciarse. Se detuvo un instante al ver a Evion junto a Hrothgar. Sus ojos se afinaron, como los de alguien que observa una grieta recién formada.

No dijo nada.

Tomó su lugar.

Las puertas se cerraron por completo.

Kael quedó fuera.

Durante un rato escuchó murmullos apagados. Alguna voz elevándose. Un golpe seco contra piedra. Kael no intentó descifrarlo todo: cada sonido era un veredicto sin nombre.

Luego, silencio.

Las puertas se abrieron de nuevo.

—El Forjado entrará —dijo una voz.

Kael avanzó.

Al cruzar el umbral, notó cómo todas las miradas se clavaban en él a la vez. No por odio abierto. Era evaluación y medición. Como si fuera una pieza colocada sobre una mesa de guerra.

Hrothgar alzó la vista.

Sus ojos se encontraron con los de Kael. Hubo un instante de algo parecido a un recuerdo... y luego la dureza volvió a asentarse.

—Kael —dijo el Arconte—. El Consejo de Escudos se ha reunido.

Kael inclinó la cabeza, lo justo.

—Lo sé.

Un murmullo recorrió la sala. El Hielo no amaba las respuestas cortas, pero tampoco toleraba las largas. Kael era un error andante en su lengua.

Evion fue el primero en hablar.

—No es habitual que un Forjado esté presente en una deliberación así —dijo con tono neutro—. Pero los hechos... lo exigen.

—¿Qué hechos? —preguntó Kael.

El silencio que siguió fue pesado.

—La muerte de Astrid —respondió Evion.

Solo Astrid. Ni siquiera hizo falta “Cold”. Como si el nombre ya fuera suficiente para apretar gargantas.

—Bajo circunstancias que comprometen al Bastión entero.

Hrothgar cerró los ojos un latido. Cuando los abrió, parecían más apagados.

—El Hielo no puede permitirse la duda —dijo—. Ni el desorden.

Kael entendió entonces que algo había cambiado.

No hablaban de justicia.

Hablaban de estabilidad.

—Por eso —continuó Hrothgar— se celebrará un juicio.

Las palabras cayeron como piedras.

Kael sintió la presión en el pecho, un peso sólido, como si le hubieran colocado un bloque de hielo dentro de las costillas.

—¿Cuándo? —preguntó.

Evion respondió sin dudar:

—Cuando la próxima luna se complete.

Un leve murmullo recorrió la sala. Esa frase tenía fecha sin tener número: era un filo. Daba tiempo suficiente para

que el Yermo enviara ojos... y no tanto como para que el Bastión pudiera curarse.

—Será público —añadió otro escudo—. Como corresponde a una muerte de este peso.

Público.

Eso significaba miradas. Clanes. Custodios. Testigos que no buscaban verdad, sino ejemplo.

Ylva se movió en su asiento.

—Aún no se ha demostrado nada —dijo—. El veneno no ha sido rastreado. No se ha...

—La percepción importa tanto como los hechos —interrumpió Evion con suavidad—. Y ahora mismo, la percepción es peligrosa.

Kael miró a Ylva un instante. Vio en su rostro la lucha: decir lo correcto sin romper nada. Sabía que aquel no era el momento de alzar una espada... y al mismo tiempo, supo que si nadie frenaba a Evion pronto, el Hielo se partiría por la línea que él eligiera.

Hrothgar se incorporó con esfuerzo. Una sombra de mareo le cruzó el rostro. No cayó. Pero el gesto fue suficiente.

Evion dio medio paso hacia él.

Solo medio.

Como quien cuida.

Como quien espera.

—El Consejo ha decidido —dijo Hrothgar— que permanecerás bajo custodia hasta el juicio.

No fue una acusación directa.

Pero tampoco una defensa.

—No has sido condenado —añadió—. Pero tampoco exonerado.

Kael asintió despacio.

Lo había sabido desde el lago.

—¿Algo más? —preguntó.

Evion inclinó la cabeza.

—Sí. Las Aladas ya han partido.

Kael frunció el ceño.

—¿Aladas?

—Mensajes de condolencia —explicó Evion—. Y de presencia.

Un murmullo recorrió la sala, y ese murmullo no fue desaprobación: fue miedo contenido.

—Los clanes han sido informados —continuó—. El Sol. El Mar. El Pantano. El Volcán. Todos enviarán emisarios. Esperan fecha.

Kael sintió que el aire se volvía más denso.

Era un juicio del Yermo.

—Llévenselo —ordenó Hrothgar.

Los guardias se acercaron. Kael dio un último vistazo a la sala: al Arconte agotado, a Ylva alerta, a Evion inmóvil.

Cuando las puertas se cerraron tras él, Kael comprendió una verdad simple y brutal:

El Bastión ya había decidido.

Y él estaba en el centro.

Esta vez sí lo llevaron directo.

El corredor descendía, y el aire se volvía más seco, más antiguo, como si el Bastión guardara bajo sus entrañas el

aliento de todos los que habían sido necesarios y luego prescindibles. Kael sintió el olor a piedra, hierro y humedad.

Una puerta de barrotes se abrió con un chasquido.

—Alto —dijo uno de los guardias.

Kael se detuvo.

—Vacío —ordenó el otro.

No fue una frase ritual. Fue una sentencia pequeña.

Kael alzó las manos despacio, sin desafío, y dejó que revisaran la capa, el cinturón, las botas. Uno le registró la muñeca como si esperara encontrar una cuchilla donde solo había piel endurecida.

Kael llevó la mano al pecho por reflejo.

Su gesto se quedó a mitad.

La cuerda del amuleto no estaba.

Se lo habían quitado antes, con una limpieza que dolía más que un golpe. No le habían permitido conservarlo. Ni eso. Ni el peso familiar contra el esternón. Ni la costumbre de tocarlo cuando el mundo se apretaba.

El guardia señaló un saco de cuero.

Dentro, Kael vio un puñado de cosas que eran suyas y ya no lo eran: hebillas, un broche, el amuleto, la cuerda. Objetos convertidos en evidencia, en propiedad del Bastión.

Kael notó cómo algo se le cerraba por dentro.

No pidió nada.

No suplicaría.

No aquí.

Lo empujaron hacia dentro.

La celda era un corte en la roca viva. Una cama de piedra con una manta gris que olía a humedad. Una antorcha tras una rejilla, suficiente para que la sombra existiera. El suelo estaba frío, pero Kael no era el que temblaba.

La puerta se cerró.

El hierro sonó como un final.

Kael se quedó de pie un instante, escuchando cómo las botas se alejaban. El silencio ocupó el espacio como el agua ocupa una herida.

Llevó la mano al pecho otra vez, sin pensar.

Nada.

Solo tela.

El vacío del amuleto era un hueco físico, una ausencia que el cuerpo recordaba, aunque la mente intentara hacerla pequeña. Kael cerró los ojos un latido y se obligó a respirar despacio, sin ruido.

La próxima luna completa.

La frase se le quedó en la lengua como sal.

Hasta entonces, el Bastión lo guardaría como se guarda un arma: no por respeto, por precaución. Y cuando la luna se cerrara completa, el Yermo vendría a mirar. A medir. A decidir qué historia era más útil: la del forastero culpable... o la del Hielo incapaz de sostenerse.

Kael apoyó la espalda en la pared de piedra. La roca estaba helada, pero firme. Se obligó a sentirla, cuerpo primero, emoción después y pensamiento al final.

Astrid no estaba bajo el lago.

Astrid estaba en todas partes: en la cinta azul, en el temblor de Hrothgar, en la curva mínima de Evion, en las

Aladas golpeando sus barrotes, en la palabra “público” que ya olía a plaza.

Y en él.

Kael abrió los ojos y miró la puerta cerrada.

No pediría nada.

Si el Yermo quería un juicio, lo tendría.

Y si el Hielo quería un ejemplo, tendría que decidir de qué estaba hecho.

La celda no sería su final, sino la antesala.